

LA PATRIA Y COSTA

Por ENRIQUE VALLES DE LAS CUEVAS

Según relata Martín-Retortillo en su obra *Joaquín Costa, propulsor de la reconstrucción nacional*, el director de *Review of Reviews*, semanario inglés, rogó a Costa que redactara un autobiografía para esta publicación. Costa respondió lacónicamente (8): “Agradezco el honor, pero no lo merezco. Hablar de sí mismo sería profanarme y me estimo en poco para el galardón y en mucho para el propio menosprecio. Soy español dos veces, porque soy aragonés. Trabajo por la reconquista. Me ocupo de asuntos interiores, los de mi pueblo, y mientras no consiga que éste mejore de condición, cuanto he realizado no pasará de un buen propósito. Así, pues, mi biografía no le importa a nadie, sino a mí mismo”.

El escritor inglés escribió a Costa insistiendo, a la par que elogiaba su austeridad, “austeridad digna del genio”. “Sois, pues, un hombre de Plutarco, con el que nada tiene que hacer un escritor modesto como yo”. Costa reaccionó favorablemente ante esta galantería y replicó (9): “Si Plutarco se hubiera contentado con tan poco, no habría escrito las *Vidas Paralelas*; para corresponder a su benevolencia, le diré que nací en un pueblo de España en que el dolor común de los españoles lacera el alma como pena familiar. Empecé a vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué a la madurez mental en los días en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi país, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó en mi pensamiento truenos de ira. Este es el resumen de mi historia”.

(8) *Joaquín Costa, propulsor de la reconstrucción nacional*, pág. 20.

(9) *Joaquín Costa, propulsor de la reconstrucción nacional*, pág. 20.

López Calera ha hablado del enigma ideológico de Joaquín Costa; ante estas palabras creo que desaparece tal enigma, que a mí también me ha intrigado. La idea obsesiva, casi psicopática en Costa, era siempre España. Costa trató las materias más dispares: Derecho, Economía, Sociología, Historia, Literatura, Agricultura, Política..., pasándolas todas por el mismo cedazo: su desmedido amor a España. Joaquín Costa fue español dos veces, como él se autorretrataba, o archiespañol, como le retratara su amigo Unamuno, o español a machamartillo, como le retrato yo. Para Costa España no fue nunca problema, aunque hubiera males de la patria que corregir.

LOS MALES DE LA PATRIA.—¿Cuáles son, por cierto, estos males? Costa responderá que en el siglo xvi Europa se dividió en dos bandos: A un lado, el progreso, la edad moderna: Inglaterra, Francia, Italia, Alemania; a otro lado, el atraso; la edad media, España (yo personalmente creo que este punto de partida supone un lapsus histórico de Costa, ya que el éxito político-militar de España se debió precisamente a su modernismo, a su pronta entrada a la historia moderna con los Reyes Católicos). Pero dejemos a Costa proseguir; España brinda, en su opinión (10), “el raro fenómeno de un cuerpo político que pone todos los ingredientes necesarios (presupuesto, comicios, leyes, sanción, funcionarios, etc.), para organizar una institución moderna... sin que ordinariamente le salga otra cosa que unas burbujas de gas o un poco de ceniza”.

Costa pinta a continuación el porvenir de España con un pesimismo radical, la ve incapaz de rehacer su historia, quebrada hace cuatro siglos y la imagina inexorablemente condenada a desembocar en el sumidero de la historia con otros detritus culturales como China, India, Persia, Egipto, Argelia o Marruecos (señalemos de nuevo que, a tenor de la historia contemporánea, Costa no fue siempre un acertado zahorí histórico).

¿Qué hacer?, se pregunta Costa. En primer lugar, descubrir la causa de ese rezago político, social, económico, en una palabra total, y luego ver si tal causa es remediable.

(10) *Escritos de Joaquín Costa, Alianza Editorial*, págs. 160 y 161.

Costa considera sumamente instructiva la historia de las doctrinas de nuestra decadencia y echa de menos un compendio crítico de ellas, que no existe salvo los ensayos de Forner, Masdeu, Feijóo, Croce, Morel Fatio, Farinelli, Hübber y Altamira.

Costa juzga muy conveniente conocer lo que sobre el tema de nuestra decadencia han escrito los Alvarez-Ossorio, Masdeu, Macaulay, Buckle, Galton y Darwin, Cabel Cushing, Valera, Quinet, Reclus, Giner, Caldero, Cánovas, Silvela, Moret, Altamira, Fouillée, Sergi Killy, Colajanni, Demoulin, Labra, Bazalgette, Antón, Menéndez y Pelayo, Macías Picavea, Madrazo, Posada, Salmerón, Cajal, Gabriel Tarde, Desvives, Pardo Bazán, Dorado Montero, Azcárate, Salillas, Morote, Escuder, Dillon, Gil Alvaro y como un centenar más.

La impresión personal de Costa, es que estos autores llegan a la penúltima causa de nuestra decadencia, pero el último por qué, queda sin contestar. En efecto, Costa distingue dos vertientes diferenciadas en las diversas aproximaciones a la historia de la decadencia española:

1.^a—Como compendio de la primera vertiente, cita Costa las palabras de un escritor castellano de finales del siglo xvii, Alvarez Ossorio, quien había dicho que “por haber faltado en la gobernación el don de consejo, se habían originado en España ociosidad, hambre, peste, expulsión de vasallos y guerra, derivando de estas cinco plagas el acabamiento de España, que sin eso sería señora de todo el mundo”. Pero, vuelve a preguntarse Costa, ¿por qué hemos carecido de don de consejo, por qué de expertos gobernantes, por qué tanta abundancia de hombres de estado en las naciones europeas y tanta penuria en nosotros? Propiamente este es el problema, señala Costa (diré de paso que yo creo que Costa, al igual que otros muchos intelectuales españoles radicalizan la ineptitud política de los españoles, invierten la teoría ilustrada del progreso lineal e ininterrumpido y conciben la historia de España como una decadencia rectilínea. Yo, pienso, que en efecto, desde una perspectiva actual, hubo decadencia, pero también que ese decaer tuvo sus *corsi y ricorsi* como diría Vico. El propio Costa confirma mi opinión con los elogios desmesurados que hace de dos gobernantes aragoneses, Fernando el Católico y el conde de Aranda).

2.^a—La segunda vertiente, la segunda causa comúnmente asignada a nuestra decadencia, es la carencia de una aristocracia, por culpa de nuestra intolerancia religiosa. Esta opinión, que achaca a la religión la falta de hombres elevados, ya que los reclusa en la ortodoxia conventual o los procesaba la Inquisición por heterodoxos, tiene sus principales representantes en los aglosajones Thomas Buckle y Charles Darwin y en el francés Fouillée.

Ahora bien, la opinión de los autores citados no satisface a Costa, quien la considera una petición de principio por no contestar al último por qué. En efecto, ¿por qué, se pregunta Costa, el fanatismo religioso produjo tales efectos en España y no en Francia, Alemania o Inglaterra, que también adolecieron del mismo mal?

La respuesta definitiva es para Costa étnica y tiene su raíz en los más hondos estratos del cerebro. Esta opinión de Costa ya fue sospechada en el siglo xviii y el padre Masdeu hubo de combatirla en su *Historia crítica de España y de la cultura española*, y tuvo seguidores postcostistas como Ortega y Gasset, que achaca la invertebración de España a la excesiva romanización de los visigodos (opinión justamente combatida por Pío Baroja en sus *Memorias*).

Este racismo invertido de Costa, viene, a su juicio, avalado por las investigaciones realizadas desde 1896 por el inglés Ammon y el francés Lapouge; este último intenta crear, nada menos, que toda una antroposociología, distinguiendo tres tipos de hombres en el continente europeo: el *homo europeus* o tipo superior, el *homo alpinus* o tipo intermedio y el *homo mediterraneus* o tipo inferior, España, por supuesto, pertenece al último tipo y para corregir esta inferioridad racial, Costa propone nada menos que una “neurocultura”, que sea para las neuronas, dendrites, fibras de proyección y demás adminículos cerebrales, lo que la agricultura para las plantas. Esta “neurocultura” consistirá, según Costa, en una eugenesia o nazismo *avant la page*, tomando como ingrediente base el elemento étnico de *homo europeus* que subsista en nuestro suelo y sobre todo debe consistir en la pedagogía, al igual que lo han hecho los nipones. Afortunadamente, surge aquí el Costa clásico, para el cual la teurgia que hará dar al español un salto descomunal desde el siglo xv al xx ha de ser la escuela.

LOS BIENES DE LA PATRIA.—Costa tórnase súbitamente optimista y al haz negativo sucede un envés positivo. Y exclama (11): “Hemos confesado sin regateo los grandes defectos de nuestra España, pero en medio de ellos resplandece una virtud que ninguna otra nación ha demostrado poseer en igual grado, y ni en grado mucho menor. Es la representación de un ideal de piedad, de humanidad, de justicia, de viva y efectiva solidaridad que ha salvado a las razas indígenas de América, de la Malasia y de la Micronesia, librándolas de desaparecer, es aquel espíritu romántico y aun místico, que en la declinación de su Edad de Oro la llevó a erigirse temerariamente en brazo armado de una idea espiritual, después de todo elevada, sacrificándole, sublime quijote de las naciones, su presente y su porvenir. Ese sentimiento de idealidad, de espiritualidad, de nobleza, alojado en el alma de nuestra raza, carece de órgano físico en el mundo porque sólo España podía serlo y España como categoría internacional ha fracasado”.

Costa cree todavía en la eternidad de la raza española, pero a la fe deben uncirse los mandamientos; las obras. España necesita una sacudida brutal, no una revolución desde arriba, sino muchas revoluciones.

Costa no hace tabla rasa del pasado español, pese a haber afirmado metafóricamente que había que echar doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar. En realidad, esta frase de Costa no ha sido bien entendida, Costa quería cerrar la llave al sepulcro del Cid guerrero y abrirla de par en par al Cid político. A pesar de todo, más tarde volverá a pedir al guerrero, en frase de Unamuno, que vuelva a cidear.

Igualmente y como señala Pérez de la Dehesa, Unamuno con una diferenciación sutil, opone a las heroicas hazañas de Don Quijote, la vida sencilla del buen hidalgo manchego Alonso Quijano. Unamuno dirá:

“Conservó Don Quijote, bajo los desatinos de su fantasía descarriada por los condenados libros, la sanidad moral de Alonso el Bueno y esa sanidad moral es lo que hay que buscar en él. Ella le inspiró su hermoso razonamiento a los cabreros; ella le dictó aquellas razones de alta justicia, como usted muy bien indica, amigo Ganivet, en que basó la liberación de los Galeotes.

(11) *Escritos de Joaquín Costa, Alianza Editorial, pág. 167.*

Pero sucede, por mal de nuestros pecados, que cuando se invoca en España a Don Quijote es siempre que se acomete a los molinos de viento.

Tiene, sí, que morir Don Quijote para renacer a nueva vida en el sosegado hidalgo que cuide de su lugar, de su propia hacienda. Y si se me arguye que el mismo hidalgo Alonso murió en cuanto volvió a su juicio, diré que creo firmemente que el fin de las naciones en cuanto tales está más próximo que lo que pudiera creerse, que no en vano el socialismo trabaja”.

COSTA Y MALLADA.—Pero volviendo a Costa, por cierto, hay que considerar extraño el que cite a una cuarentena de autores, para ser más exacto, treinta y nueve, aquejados del mal de España y excluya a su paisano Lucas Mallada. Es evidente que Costa había leído la obra de Mallada *Los males de la patria*, pues yo la he visto, abiertas sus páginas, en su biblioteca de Graus, y conocía personalmente a Mallada, pues ambos coinciden en la Sociedad Geográfica y Colonial. Cierta también que Mallada no cita a Costa al escribir su obra, pues para entonces don Joaquín había escrito ya algunos libros valiosos. De todas formas, no ha faltado algún malicioso que sospechara plagio de Costa a Mallada. Veamos si es cierto:

Parte Mallada de la concepción fisiocrática de la tierra como principal fuente de riqueza. Pues bien, el panorama que presenta la agricultura española es a las luces de Mallada desolador. ¿Qué idea queréis que se forme el extranjero que circula por España en ferrocarril?, se pregunta Mallada. Y su respuesta es la siguiente: “Si penetra en España por Irún, en cuanto pasa el Ebro, a sus ojos se presenta Castilla la Vieja, tan seca y desarbolada, que más fundado hallará el nombre de vieja por lo decrepita y poco florida que por haber sido viejo y primitivo baluarte contra la morisma invarosa... Habrá de reparar que entre Burgos y Madrid sólo una ciudad de alguna importancia se levanta, verá en Avila un lúgubre fantasma de la Edad Media, y penetrando en Castilla la Nueva, echará de menos, ya no frondosos vergeles, sino un país algo placentero, como las provincias vascas...”

“La línea de Madrid a Zaragoza ofrece a la vista un país pobre, si se exceptúan las vegas del Jalón, que son asaz estrechas, y si el viajero continúa su marcha desde Zaragoza a Barcelona, a poco de

dejar las orillas del Ebro, entre Zuera y Lérida, o sea en el trayecto de 160 kilómetros, sospecha, con fundamento, que la provincia de Huesca es de una sequedad y aridez extraordinarias. No encontrará mucho más ricos ni floridos países por las llanuras de la Mancha, ni siguiendo las márgenes del Tajo hasta Portugal, ni en grandes trayectos del N. O. Dirigiéndose por las provincias de Palencia, Zamora y León, hacia Asturias o Galicia, ni en varias secciones de la línea de Ciudad Real y Badajoz, ni a su entrada en Valencia por Almansa...”

”Y por todas partes, sea labriego o artesano, el bracero español se halla peor vestido, peor alimentado y peor albergado que cualquier otro europeo, de igual condición social...”

¿Cuáles son, para Mallada, las causas de esta visión paramera de España?

En primer lugar, el clima. Por su posición al S. O. de Europa, entre los paralelos 36 y 44° de latitud, casi por todas partes rodeada por el mar, y bajo la influencia, aunque lejana y débil de la corriente del golfo de Méjico y de la contracorriente aérea de los vientos alisios, España debería disfrutar de un clima benigno y uniforme, si el elevado relieve de su suelo, la desnudez de los montes, las enormes quebradas de sus sierras y cordilleras y la proximidad del continente africano, de donde el aire sopla con frecuencia seco y abrasador, no fuesen causa de lo contrario.

Frío y heladas, calor y sequedad son causa de nuestra pobreza. Hay provincias españolas como Zaragoza y Teruel, donde las oscilaciones termométricas llegan hasta los cincuenta grados.

Añade Mallada la orografía. España es el país europeo de mayor altitud media después de Suiza. Pero así como los Alpes son centro de atracción de los meteoros acuosos, nuestras montañas constituyen barreras, con frecuencia infranqueables para los mismos.

Por otra parte, Mallada, ingeniero de minas y fundador de la geología española, considera la composición geológica española desfavorable para la producción y por tanto otra causa de la pobreza de nuestro suelo.

Mallada pinta así el panorama geológico de España, que Tammes considera clásico en su *Estructura Económica*: a) Territorio to-

talmente improductivo, 10 por 100, b) Territorio privilegiado, 10 por 100; c) Territorio muy poco productivo, 35 por 100; d) Territorio medianamente productivo, 45 por 100.

Al pesimismo fisiográfico, añade Mallada el demográfico, ya que España se halla entre los países menos poblados de Europa. Más aún, su pesimismo afecta no sólo al "demos", al número de sus habitantes, si no también al "antropos", a la naturaleza física y moral del hombre español.

Físicamente, Mallada considera la raza latina inferior a la sajona y caracteriza al español como hombre de semblante enjuto, atezado y verdense y de talla diminuta (Mallada puede que generalice un tanto sus vivencias personales, pues según Baroja era de talla harto menguada). Pero esta inferioridad física no sería importante, si ésta no implicase una flojedad de espíritu, origen de nuestros defectos, casi todos irremediables. Los cuatro vicios cardinales del hombre español son para Mallada: fantasía, pereza, falta de patriotismo e ignorancia.

Estos vicios del alma española, que Mallada achaca a la pérdida del espíritu religioso, conducen a la inmoralidad de los gobernados y a su extremo individualismo (quien hace bien al común, no hace bien a ningún) y a la inmoralidad de los gobernantes. Esta inmoralidad de los gobernantes conduce al caciquismo, cuyo incremento atribuye Mallada "a este juego interminable de pandillas, fusiones y segregaciones con que se divierten y se lucran los traidores, los alevés, los veleidosos y los presumidos".

Mallada define a la patria con una salvaje frase apocalíptica: España es un presidio suelto.

Este apocalipsis es descrito por Mallada como sigue: "Si los males de la patria continúan sin enmienda, si a los males de ahora se agregaron otros nuevos, la juventud querrá aspirar atmósfera más pura, volverá los ojos a la República, querrá acomodar el país a nuevas instituciones y entre esa juventud unida y compacta, fuerte y animosa, resonará la voz de algún caudillo que arrastrará en pos de sí toda la masa al grito de ¡Viva España con honra! ¡Abajo los explotadores de la nación! ¡Paso a la revolución española!"

Vemos, pues, que hay coincidencia entre Mallada y Costa en la problemática española y en alguna de las soluciones apuntadas, mas no plagio. El secreto de los dimes y diretes entre Mallada y Costa, si los hubo, pues yo soy muy suspicaz (en todas las obras de Costa sólo he leído un elogio a Mallada en el periódico "El Porvenir", de Sevilla,, en 1901), se lo llevaron ambos a la tumba. Sí cita Costa en esta ocasión y también en su *Encuesta sobre oligarquía y caciquismo*, a otro regeneracionista, Macías Picavea, autor de la obra *El problema nacional*, editado en Madrid en 1899. Sienta éste, como característica del hombre español, el predominio de la pasión sobre la razón, afirmación que se convertirá en tópico, de donde infiere la perpetua contradicción entre los juicios y las obras de los españoles y la falta de valor cívico.

LA ESPAÑA DE LAS PATRIAS.—La España de Costa, es la España de las patrias y éste considera perfectamente compatible el amor a España, la patria grande, con el amor a la región, la patria chica. Para Costa, ser aragonés es una manera peculiar de ser español, según él dos veces español, y lo mismo puede predicarse del catalán, valenciano y navarro o vasco. Costa señala que cada región española posee aptitudes especiales para un orden determinado de la vida y es respecto de él órgano especial de la nacionalidad. Andalucía cultiva de preferencia los fines estéticos, el pueblo vascongado los religiosos, el catalán los industriales, el castellano los éticos o morales, Aragón principalmente los sociales y políticos.

Laín Entralgo, en su recién publicada obra *A qué llamamos España*, dice de los españolísimos miembros de la generación del 98:

"Vine yo a pensar en la existencia de esta básica contraposición polar, cuando descubrí que ante la mirada y en el alma de los escritores de la generación del 98 aparecía como paisaje-regazo el de su respectiva tierra natal, Vasconia para Unamuno y Baroja, el Levante alicantino para Azorín, Galicia para Valle-Inclán, Andalucía—una Andalucía líricamente reducida a "un huerto claro donde madura el limonero" y a la imagen de luminosas y humildes calles sin mujeres—para Antonio Machado; al paso que en los campos de Castilla esos hombres veían, cada uno según su personal sensibilidad vital y literaria, un típico paisaje suelo: la tierra sobre la cual se había decidido y hecho el destino histórico de la España que ellos tenían ante

sus ojos y tan profundamente les desplazía, el contorno inmediato de la gran ciudad—Madrid—en que entonces ese destino era gestado y se actualizaba. La tierra natal, un dulce y bello regazo donde podían descansar del áspero cuidado de ser españoles; la tierra de Castilla, el suelo duro y adusto, hermoso también, a su manera, sobre el que desde la edad media han tenido que andar los hijos de España para, como diría un escolástico, serlo *in actu exercito*. Nada más fácil que espigar en la obra de los cinco escritores mencionados, y en la de Maragall, por lo que toca a Cataluña, textos reveladores de esos dos complementarios sentimientos. Como ejemplo bien representativo, recuérdese tan sólo el arranque de uno de los primeros sonetos confesionales de Unamuno:

Es Vizcaya en Castilla mi consuelo
y añoro en mi Vizcaya mi Castilla.

Vemos, pues, que la generación del 98 coincide con Costa en su visión de España, como España de las patrias.

ARAGÓN Y COSTA.—A veces Costa tiene un concepto amplio de Aragón e incluye dentro del mismo a todos los territorios de la vieja corona; es decir, Aragón, Cataluña y Valencia. Así, en una carta dirigida en 1871 al general Serrano, duque de la Torre, le reprocha airadamente el haber suprimido del escudo de España los cuarteles con las barras de Aragón y las cadenas de Navarra, para sustituirlo con las armas de los Saboyas.

Costa hace un exaltado panegírico del antiguo reino de Aragón: “El pueblo más libre de la tierra, el que si supo arrojarse a las llamas como en Sagunto y Zaragoza, jamás aprendió a rendirse a los invasores, el pueblo de la guardia devota de Sertorio y de los almogávares de Roger de Flor, el pueblo de las hermandades de la Unión y de las cortes de Borja, el país clásico de los fueros y de las libertades, el pueblo de sí no, no, y de los justicias, el pueblo de Fivaller y Lanuza, de Palafox y Agustina, el pueblo de Zaragoza y Geroña... ese pueblo de quien aprendieron libertad las naciones y abnegación los hombres, es rechazado y desconocido en nombre de un reinado de libertad y al amparo de los principios de la democracia”.

A continuación reprocha el castellano-centrismo de la historia de España e increpa a Castilla diciendo que también Castilla recha-

zó a Aragón en el siglo XII, prefiriendo una reina libre a don Alfonso el Batallador (se refiere a doña Urraca de Castilla) y rechazó a Aragón en el siglo XVI, prefiriendo una reina loca a don Fernando el Católico. “Faltaba un gobierno democrático que hiciese otro tanto y ese gobierno ha sido nuestro gobierno, prefiriendo la cruz híbrida de Saboya a las sangrientas barras de Wifredo”.

Y Costa concluye: “Castilla no se anexionó a Aragón, Aragón se federó con ella. No la tomó como señora, sino como esposa y al aproximarse esas dos mitades de España, para realizar la gran síntesis del siglo XVI, Castilla, empobrecida por los Trastamaras, recibió como dote de su esposo las Baleares, Sicilia, Córcega, Calabria, El Rosellón, sus derechos a Navarra, Nápoles y Atenas, la costa de Berbería y su dominio sobre el Mediterráneo”.

Frente a este concepto amplísimo de Aragón, Costa parece insinuar a veces un concepto más estricto de lo aragonés, ciñéndolo casi al Altoaragón. Bosqueja dos Aragoneses distintos y en esta línea de pensamiento parece abundar Gregorio Marañón cuando en su obra *Tiempo Viejo y Tiempo Nuevo* habla de la capital del Altoaragón, Huesca, “la ciudad austera y extremada de la gran catedral, la más severa de España, cuya nave solemne y ruda es el monumento arquetípico del alma aragonesa, del alma aragonesa seria y pura, la anterior al nacimiento y popularidad del baturrismo, que es el veneno de Aragón”.

Esta seriedad y pureza del alma aragonesa de que habla Marañón parece encontrarla Costa en las montañas del Altoaragón (12), “montañas más altas que las nubes..., valles estrechos... circuitos por un collar de nieves perpetuas, regados por riachuelos y torrentes que fluyen de aquellos eternos ventisqueros..., drúidicas selvas de pinos y corpulentas hayas, pobladas de osos y cabras silvestres..., horizontes limitados como los términos del alfoz... riscos suspendidos como una amenaza eterna”.

Pues bien, el *volkgeist* altoaragonés es para Costa su gran pasión por la justicia (13): “Los altoaragoneses saben lo que significa la entrada de la justicia por las casas y procuran cerrarle la puerta, aunque sea cediendo de su derecho, de aquí el éxito que ha obtenido entre ellos el acto de conciliación y el desarrollo que ha alcan-

(12) *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, pág. 38.

(13) *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, págs. 40 y 41.

zado el consejo de familia. Ya de antiguo, para transmitir las cosas, fue innecesaria la tradición juzgándose bastante la escritura. En el siglo xv fundaron el Registro de la Propiedad... no admitieron la expropiación por causa de utilidad pública y la confiscación estuvo desterrada, en principio, de sus leyes. Las fuentes de su derecho fueron, y son, éstas, y por este orden: la carta (voluntad de los particulares), el fuero y las costumbres de la tierra y en defecto de aquél o de éstas, el sentido natural (la equidad). Legislan, ejecutan, interpretan, juzgan, en virtud de sus propios contratos o estatutos, cada familia es autora de casi todo el derecho que ha de regir su vida interior. Y como tienen el hábito de legislar, lo tienen también de obedecer, que no hay nada que ligue tanto al hombre como la libertad, ni ley que más respete que aquella que él mismo se ha dado. Erigiéndose por propio derecho en autoridad, aprende a ser súbdito de la justicia”.

Pero Costa no peca de localismo pacato y pronto recuerda al otro Aragón, al que se despereza alrededor del río Ebro, río al que Costa califica de civilizado al igual que el Nilo, el Tiber, el Sena, o el Támesis. El Ebro, dirá Costa, sirvió para dividir la España moderna en dos partes, la Citerior y la Ulterior, en sus orillas nació el sistema parlamentario, juntándose cortes antes que ningún otro pueblo de Europa... de allí salió, que no del joyel de la reina católica como pregonaba la leyenda, el dinero que necesitó Colón para descubrir América... Pues bien, el Aragón de las montañas y el Aragón del llano componen la síntesis histórica que es el reino de Aragón *strictu sensu*, al cual Costa, siguiendo una trayectoria hegeliana, dota de un carácter regional, de un alma cuya nota diferenciadora es el amor por la libertad.

Costa dirá (14): “Se ha comparado la constitución y la política del pueblo aragonés en la Edad Media a la política de Inglaterra, tan envidiada por todos los pueblos del continente. Antes que ningún otro, antes que Castilla, antes que Francia, completó su parlamento con la entrada del brazo popular, con el equilibrio y la ponderación de sus poderes políticos, se anticipó a las modernas teorías constitucionales, la conducta liberal, sensata y patriótica de sus estamentos es todavía un ideal para la España moderna, su parlamento de Cas-

(14) *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, pág. 43.

pe fue un arbitraje sin ejemplo en la historia, su justicia una institución maravillosa que la ciencia del derecho no ha acertado todavía a clasificar ni a definir. Su derecho procesal admitió el jurado, y no se manchó con el tormento, cuando el tormento era común en Europa. Consagró el principio de la inviolabilidad del domicilio, cada casa era como un asilo, donde ni al rey le era lícito entrar, aún para perseguir a un malhechor. El culto que rindieron a la libertad individual, engendró de sí el fuero de la manifestación, que hoy es ley general en las constituciones democráticas y en las leyes de enjuiciamiento. Y eran tan esenciales e inherentes a la cualidad de ciudadano aquellos beneficios de firma, contrafuero, manifestación, etc., que garantizaban su persona y sus bienes contra toda violencia e ilegalidad, que se reputaban anteriores y superiores a la voluntad y no les era lícito renunciar a ellos. Jamás deslumbraron a los aragoneses las conquistas, antes bien, las miraron con recelo como si entrañaran un peligro para la libertad". Como prueba de este amor aragonés a la libertad, cita Costa el siguiente hecho: Cuando Pedro III se presentó ante las cortes aragonesas, rodeado de una aureola de gloria, vencedor de los angevinos, conquistador de Sicilia, aliado de Bizancio, temido del papa y de la Europa, a pedirles subsidios para hacer frente a la invasión franco-católica, las cortes hicieron el mismo caso de los reinos ganados en Italia que de los que amenazaban perderse en España, contestando, dice Zurita, que "Aragón no consistía ni tenía su principal ser en las fuerzas del reino, sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos que, cuando ella feneciese, se acabase el reino". (*Anales de Aragón*).

La libertad era tan glorificada en Aragón que la muerte en su defensa creían la galardonaba Dios con el cielo y así en la letra intimada de mosén Ioan Ximénez Cerdán a mosén Martín Díaz de Aux, justicia de Aragón, dirá aquél "que hacía conta que sí por defender la libertad del reino moría, como morió Santo Tomás de Conturbeni por defender los dreytos de la Iglesia, que derechamente me iría al paraíso e sería en gloria con los santos". En resumen, para Costa como para Madariaga, "España es una Europa en miniatura".

Cierto que Caro Baroja no cree en el mito del carácter nacional, cuánto menos ha de creer en el carácter regional. Yo no lo creo a ciegas, ni dejo de creerlo, pues lo que diferencia las ciencias de la naturaleza de las ciencias de la cultura, es que en aquéllas, dos y dos

son cuatro, mientras que en éstas dos y dos tienden a ser cuatro. Una caracteriología nacional o regional pertenecerá a las ciencias de la cultura y por tanto será aproximativa. No todos los españoles son morenos, ni orgullosos, ni todos los aragoneses tozudos, pero la verdad aproximativa es que sí.

Hay que recalcar que Ortega y Gasset es injusto con Costa, al exclamar en su obra *La redención de las provincias* que “los dos dioscuros provinciales, Costa y Paraíso, el león y la vulpeja, amenazan a Madrid”. Precisamente el regionalismo de Costa era archiespañol por ser aragonés. En resumen, para Costa, como para Montesquieu, Europa, España “no era más que una nación compuesta de varias”. Costa creía que como en el siglo xvi, en la Universidad Sertoriana de Huesca, pongo por caso, se podía ser español y nacional de Aragón, Cataluña o Valencia.

ESPAÑA Y EUROPA.—Yo no acabo de entender la ontologización, esteticismo, esoterismo y vuelquense todos los culteranismos que se quiera, de que han adolecido muchos intelectuales españoles y que me parece pecan de egolatría e inmodestia. Y España, ¿Dios mío qué es España?, se pregunta Ortega y Gasset, ¿qué es ese promontorio espiritual de Europa, esa como proa del alma continental?

Unamuno, Baroja, Azorín y otros muchos autores españoles vacilaron entre lo español castizo y lo europeo, como si de antípodas geográficas y culturales se tratara.

Y Unamuno tuvo el arrogante desplante intelectual de decir: ¡que inventen ellos!, lo cual recuerda no al Quijote cuerdo, que él quería en otra ocasión, sino al Quijote loco de los molinos de viento. Y Sancho Panza, contagiado de la cordura de Alonso Quijano, el hidalgo cuerdo, respondería a Unamuno: ¿y quién pagará los “royalties”?

Ya que hemos hablado de Costa y pese a que a veces nos denigrara con nuestro pretendido africanismo, él sabía muy bien lo que era España. Y así en su obra *Reconstitución y Europeización de España*, dirá que la europeización debe plantearse con una política tradicionalista, la historia y la costumbre como medio de plantear el gran movimiento de nuestro tiempo... “no puede el legislador decretar reformas para una sociedad de dos mil años, como el filósofo se

pone a elaborar la crítica de la razón pura”. Y Costa sabía muy bien lo que España había hecho en esos dos mil años de cultura europea y en uno de los párrafos más bellamente patrióticos que me ha sido dado leer, Costa exclama: “Esta fue España, la que ha trazado a Europa el camino de la civilización, que tuvo marina antes que Venecia y paseó el Atlántico antes que Inglaterra, que adquirió libertades antes que Suiza y creó universidades antes que Alemania, que llevó a la obra del Renacimiento las enciclopedias de Lulio y Feijóo, siglos antes que el enciclopedismo apareciera en Francia... que dio, en una palabra, tanta luz al mundo que estuvo a punto de abrasarlo.”

Y Europa, también Ortega se pregunta qué es Europa y la define por su espíritu lógico y matemático. Yo no estoy de acuerdo con Ortega y creo que el ser histórico de Europa es el devenir. Comparto el criterio del historiador católico inglés Christopher Dawson, para el cual Europa es el resultado de un largo proceso de evolución histórica. En efecto, geográficamente, Europa es la prolongación noroeste de Asia y posee menos unidad física que China o la India. Antropológicamente, Europa es una mezcla de razas y el *homo europeus* una unidad sociológica antes que étnica. El ser histórico de Europa, repetimos, es, valga la paradoja, el devenir, el resultado siempre inconcluso de más de dos mil años de cultura. Tienen razón los tradicionalistas al subrayar el valor de la tradición siempre y cuando no la radicalicen. En efecto, el presente al pasar, deja de ser pero deja subyacer, esto es entrega (traditio), todo un repertorio de posibilidades vitales. No produce, como es lógico, el mismo resultado dos mil años de vividura europea que asiática.

Europa es Grecia, la cual nos empieza a diferenciar de Asia, y Roma que en un toma y daca romanizó el Oriente helénico y helenizó el Occidente romano, aportando, además, un valioso ingrediente técnico a la cultura. Europa son los bárbaros, que en acertada definición de Dawson son las “Gentes” contra el “Imperium” y la “Ecclesia”, pero que al fin se sometieron al yugo imperial y se cristianizaron, aportando nueva savia étnica a Europa. Europa es, sobre todo, cristianismo, el cual vertió en los viejos odres grecorromanos el novísimo vino que supuso la llegada de Cristo Dios hecho Hombre al mundo, para redimirnos y salvarnos. Un cristianismo que se vio gravemente amenazado por una “volkerwanderung”, esta

vez meridional, cuya capital, Damasco, se convirtió en sede de un imperio que por Oriente llegaba hasta la China y por Occidente hasta el Atlántico español. Un imperio que conoció un espléndido desarrollo cultural mientras Europa se aletargaba en la edad oscura. Un cristianismo que reacciona en el siglo XI y crea esa maravilla que es la catedral, tan bellamente definida por Worringer como “petrificación de la trascendencia”. Una trascendencia que sufre embates secularizadores con el renacimiento y la reforma, pero que recibe una importante respuesta sacralizadora con el barroco español. Europa son los estados nacionales que acentúan su nacionalismo con la revolución francesa y dan medios bélicos a su agresividad con la revolución tecnológica inglesa, que asegura una segunda hegemonía europea del mundo, pero engendra el anticolonialismo, de puertas afuera, y las tensiones proletarias, de puertas adentro. Europa es todo eso y mucho más que probablemente me he dejado en el tintero. En resumen, “L’Europe n’est qu’une nation composée de plusieurs”, como dijera Montesquieu.

Ser español es, pues, una manera peculiar de ser europeo. España vivió intensamente todo ese proceso cultural que hemos descrito, recibió la cultura greco latina, se romanizó hasta el punto de que mientras otras naciones enviaban tributos a Roma, España envió emperadores de la talla de Adriano, Trajano y Teodosio. Recibió a los godos y los cristianizó y tuvo como mártir a san Hermenegildo. Actuó de antemural contra las invasiones meridionales y sirvió de eslabón cultural entre la Cristiandad y el Islám en la época en que esta última cultura era más valiosa. Reconquistó España y consiguió con los reyes católicos el estado moderno antes que muchas naciones. Oswald Spengler señala que “la época primera del barroco, desde el saco de Roma hasta la paz de Westfalia, es en religión, espíritu, crítica, política, costumbres, el siglo español, que sirvió en todo de base y premisas al siglo de Luis XIV... El azar eligió el gesto hispánico para la segunda edad de la cultura occidental...”

España fracasó en la españolización de Europa porque tenía que fracasar. No hay que ontologizar esa decadencia, ni atribuirla a la Inquisición o a nuestro pretendido africanismo. Para mí la explicación más convincente de la decadencia española, la dio el sentido común de Quevedo al decir:

Y es más fácil, oh España, en muchos modos.
Que lo que tú a todos les quitaste sola,
te lo puedan a ti sola quitar todos.

Ahora bien, cuando Quevedo hablaba de la decadencia, todavía le quedaban a España inmensos dominios, como por ejemplo, Hispano-América, desde las soleadas costas de California hasta la gélida Patagonia. Poseía en Asia las islas Filipinas y se había olvidado, ¡tanto tenía!, de hacer efectiva su soberanía sobre Borneo y la Micronesia.

Lo que ocurre a Costa y a otros intelectuales españoles es que conocieron la segunda hegemonía europea, coincidente con la segunda decadencia española. Vieron en Europa la epidermis material y tecnológica, fácilmente raptable, japonizable, y se olvidaron de la dermis de Europa, con la que España coincidía plenamente. Pero Costa, y ello es disculpable, quería progreso a toda costa y dirá remedando a los marxistas que la libertad sin garbanzos no es libertad (en realidad el cocido costista era menos frugal e incluía escuela, despensa y hoy incluiría vivienda-garage). Era necesario el progreso a toda costa, aunque ello implicara un estado transitorio de tutela pública. Claro que conociendo a Costa, una vez obtenido tal progreso, a buen seguro, hubiera exclamado que "los garbanzos sin libertad, tampoco es libertad".